

En Roma o en París,
 Nueva York, Buenos Aires, Madrid, Calcuta, El Cairo...
 en tantísimas partes todavía,
 hay arpilleras rotas,
 destrozados zapatos adheridos al hueso,
 muñones, restos duros,
 basuras calcinadas,
 hoyas profundas, secos
 mundos de preteridos oxidados,
 de coagulada sangre,
 piel humana roída como lava difunta,
 rugosidades trágicas, signos que acusan, gritan,
 aunque no tengan boca,
 callados alaridos que lastiman
 tanto como el silencio.
 ¿De dónde estos escombros,
 estos mancos derrumbes,
 agujeros en trance de aún ser más agrandados,
 lentas tiras de tramas desgarradas,
 cuajados amasijos, polvaredas de tiza,
 rojos lacre, de dónde?
 ¿Qué va a saltar de aquí, qué a suceder,
 qué a reventar de estos violentos espantajos,
 qué a tumbar esta ciega, andrajosa corambre
 cuando rompa sus hilos, haga morder de súbito
 sus abiertas costuras, ilumine sus negros,
 sus minios y sus calcios de un resplandor rasante,
 capaz de hacer parir la más nueva hermosura?
 Ah, pero mientras tanto,
 un "No toquéis, peligro de muerte" acecha oculto
 bajo tanta zurcida realidad desflecada.
 Guardad, guardad la mano,
 no avancéis ningún dedo los pulidos de uñas.
 Ratas, no os atreváis por estos albañales.
 Lívidos de la usura, pálidos de la nada,
 atrás, atrás, ni un paso por aquí, ni el intento
 de arriesgar una huella, ni el indicio de un ojo.
 Corre un temblor eléctrico capaz de fulminaros
 y una luz y una luz y una luz subterránea
 que está amasando el rostro de tan tristes derribos.

Rafael ALBERTI

Roma, 1965